



Jack London
La Historia
de Keesh



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA HISTORIA DE KEESH

JACK LONDON

**PUBLICADO: 1904
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

LA HISTORIA DE KEESH

JACK LONDON

Keesh vivió hace mucho tiempo a orillas del mar polar, fue el jefe de su aldea durante muchos años prósperos y murió colmado de honores, con su nombre en los labios de los hombres. Tan lejos en el tiempo vivió, que solo los ancianos recuerdan su nombre —su nombre y el relato—, que recibieron de los ancianos que los precedieron, y que los ancianos venideros contarán a sus hijos y a los hijos de sus hijos hasta el fin de los tiempos. Y la oscuridad del invierno, cuando los vendavales del norte barren con su larga embestida la banquisa, y el aire se llena de blancor fugitivo, y ningún hombre se atreve a salir, es el tiempo elegido para narrar cómo Keesh, desde el iglú más mísero de la aldea, se alzó al poder y al mando sobre todos los demás.

Era un muchacho listo, según reza el relato, sano y robusto, y había visto trece soles, según su manera de medir el tiempo. Pues cada invierno el sol abandona la tierra sumergiéndola en tinieblas, y al año siguiente un nuevo sol regresa para que puedan calentarse de nuevo y mirarse unos a otros la cara. El padre de Keesh había sido un hombre muy valiente, pero encontró la muerte en tiempos de hambruna, cuando quiso salvar la vida de su pueblo quitándole la vida a un enorme oso polar. En su ardor se enzarzó cuerpo a cuerpo con el oso, y le aplastaron los huesos; pero el oso tenía mucha carne

y el pueblo se salvó. Keesh era su único hijo, y desde entonces vivió solo con su madre. Mas la gente es propensa al olvido, y olvidó la hazaña de su padre; y siendo él apenas un niño y su madre solo una mujer, pronto los olvidaron también a ellos, y con el tiempo vinieron a habitar el más humilde de todos los iglús.

Fue en un consejo, una noche, en el gran iglú de Klash-Kwan, el jefe, donde Keesh mostró la sangre que corría por sus venas y la hombría que le erguía la espalda. Con la dignidad de un anciano, se puso en pie y esperó el silencio en medio del barullo de voces.

—Es cierto que se me reparte carne a mí y a los míos —dijo—. Pero muchas veces es vieja y dura, esta carne, y además tiene una cantidad in-sólita de huesos.

Los cazadores, canosos y encallecidos, robustos y jóvenes, se quedaron boquiabiertos. Jamás se había visto cosa igual. ¡Un niño que hablaba como un hombre hecho y derecho, y les decía cosas ásperas en sus propias caras!

Pero con firmeza y seriedad, Keesh prosiguió:

—Por cuanto sé que mi padre, Bok, fue un gran cazador, digo estas palabras. Se dice que Bok traía a casa más carne que cualquiera de los dos mejores cazadores, que con sus propias manos se ocupaba del reparto, que con sus propios ojos se cercioraba de que la más anciana de las viejas y el último de los viejos recibieran su parte justa.

—¡Na! ¡Na! —gritaron los hombres—. ¡Que echen al niño fuera! ¡Que lo manden a la cama! ¡No es un hombre para hablar a los hombres y a los de canas!

Esperó con calma hasta que el tumulto se apagó.

—Tú tienes mujer, Ugh-Gluk —dijo—, y por ella hablas. Y tú también, Massuk, tienes madre, y por ellas hablas. Mi madre no tiene a nadie, salvo a mí; por eso hablo yo. Como digo, aunque Bok haya muerto por cazar con demasiado ardor, es justo que yo, que soy su hijo, y que Ikeega, que es mi madre y fue su esposa, tengamos carne en abundancia mientras la haya en abundancia en la tribu. Yo, Keesh, el hijo de Bok, he hablado.

Se sentó, con los oídos bien alerta al torrente de protestas e indignación que habían suscitado sus palabras.

— ¡Que un muchacho hable en el consejo! — murmuraba el viejo Ugh-Gluk.

— ¿Acaso los niños de pecho han de decirles a los hombres lo que deben hacer? — exigió Massuk en voz alta —. ¿Soy yo un hombre para que me pongan en ridículo todos los críos que lloran por carne?

La ira llegó a un blanco calcinante. Le ordenaron que se fuera a la cama, lo amenazaron con quedarse sin carne y le prometieron buenas palizas por su atrevimiento. Los ojos de Keesh comenzaron a destellar y la sangre a latir oscuramente bajo su piel. En medio de los insultos se puso en pie de un salto.

— ¡Escuchadme, hombres! — gritó —. Jamás volveré a hablar en el consejo, nunca más, hasta que los hombres vengan a mí y digan: «Está bien, Keesh, que hables; está bien y es nuestro deseo». Tomad esto ahora, hombres, como mis últimas palabras. Bok, mi padre, fue un gran cazador. Yo también, su hijo, saldré a cazar la carne que como. Y que se sepa ahora que el reparto de lo que yo mate será justo. Y ninguna viuda ni ningún débil llorará en la noche por falta de carne, mientras los hombres fuertes giman de dolor por haber comido en exceso. Y en los días venideros caerá la vergüenza sobre los hombres fuertes que hayan comido en exceso. ¡Yo, Keesh, lo he dicho!

Le siguieron burlas y risas desdeñosas al salir del iglú, pero apretó la mandíbula y siguió su camino sin mirar ni a derecha ni a izquierda.

Al día siguiente salió a lo largo de la orilla donde el hielo y la tierra se juntaban. Los que lo vieron marchar advirtieron que llevaba el arco con una buena provisión de flechas de punta de hueso, y que al hombro cargaba la gran lanza de caza de su padre. Se rieron mucho y se habló largo del suceso. Era algo sin precedentes. Nunca los muchachos de su tierna edad salían a cazar, y menos solos. Hubo también cabeceos y murmullos proféticos, y las mujeres miraron con lástima a Ikeega, cuyo rostro se tornó grave y triste.

— Volverá pronto — decían para animarla.

— Dejadlo ir; le servirá de lección — decían los cazadores —. Volverá en breve y en los días venideros será manso y de voz suave.

Pero pasó un día, y luego un segundo, y al tercero sopló un vendaval furioso y Keesh no aparecía. Ikeega se arrancó el cabello y se embadurnó el

rostro con el hollín del aceite de foca en señal de duelo; las mujeres acometieron a los hombres con palabras amargas por haber maltratado al muchacho y enviándole a la muerte; los hombres no respondieron y se prepararon para salir a buscar el cuerpo en cuanto amainara la tormenta.

Sin embargo, a primera hora de la mañana siguiente, Keesh entró a grandes zancadas en la aldea. Pero no entró cabizbajo. Al hombro llevaba una carga de carne recién cazada. Y había importancia en su paso y arrogancia en su voz.

—Id, hombres, con los perros y los trineos, y seguid mi rastro durante lo que viene a ser casi una jornada de viaje —dijo—. Hay mucha carne en el hielo: una osa y dos crías a medio crecer.

Ikeega se deshizo en alegría, pero él recibió sus demostraciones con talante viril:

—Ven, Ikeega, comamos. Y después dormiré, pues estoy cansado.

Y entró en su iglú y comió con abundancia, y luego durmió veinte horas seguidas.

Al principio hubo muchas dudas y muchas discusiones. Matar a un oso polar es muy peligroso, pero tres veces más peligroso es, y tres veces ese peligro, matar a una osa con sus crías. Los hombres no podían creer que el muchacho Keesh, por sí solo, hubiera logrado tamaña hazaña. Pero las mujeres hablaron de la carne recién cazada que había traído a la espalda, y eso fue un argumento aplastante contra su incredulidad. Así que al fin partieron, refunfuñando mucho de que con toda probabilidad, si la cosa era cierta, se habría olvidado de desbastar las carcasas. Pues en el norte es muy necesario hacerlo en cuanto se cobra una pieza. De lo contrario, la carne se congela tan sólidamente que embota el filo del cuchillo más afilado, y un oso de cien kilos, tieso como un palo, no es cosa fácil de cargar en un trineo y arrastrar por el hielo rugoso. Pero al llegar al lugar encontraron no solo la pieza, de la que habían dudado, sino que Keesh había cuarteado las bestias como un verdadero cazador y les había extraído las vísceras.

Así comenzó el misterio de Keesh, un misterio que se fue ahondando con el paso de los días. En su siguiente salida mató un oso joven, casi adulto, y en la siguiente, un gran oso macho y su hembra. Por lo general estuvo fuera entre tres y cuatro días, aunque no era raro que pasara una semana entera en

el campo de hielo. Siempre rehusaba compañía en estas expediciones, y la gente se maravillaba.

—¿Cómo lo hace? —se preguntaban unos a otros—. Nunca lleva perros consigo, y los perros son de tanta ayuda.

—¿Por qué cazas solo osos? —se aventuró a preguntarle Klosh-Kwan en cierta ocasión.

Y Keesh dio la respuesta apropiada:

—Es bien sabido que el oso tiene más carne —dijo.

Pero también corrían habladurías de brujería por la aldea.

—Caza con espíritus malignos —afirmaban algunos—, por eso le sonrío la caza. ¿Cómo puede ser de otro modo, si no es que caza con espíritus malignos?

—Puede que no sean malignos, sino buenos, esos espíritus —decían otros—. Es sabido que su padre fue un gran cazador. ¿No podría su padre cazar con él para que alcance la excelencia y la paciencia y la comprensión? ¿Quién sabe?

Con todo, sus éxitos continuaron, y los cazadores menos hábiles andaban muchas veces atareados trayendo su carne. Y en el reparto era justo. Como había hecho su padre antes que él, se cercioraba de que la más anciana de las viejas y el último de los viejos recibieran su parte justa, sin guardar para sí más de lo que necesitaba. Y por esto, y por su valía como cazador, se le miraba con respeto y hasta con reverencia; y se hablaba de hacerle jefe tras el viejo Klosh-Kwan. Por lo que había hecho, esperaban verle aparecer de nuevo en el consejo, pero él no fue nunca, y ellos se avergonzaban de pedírselo.

—Tengo intención de construirme un iglú —dijo un día a Klosh-Kwan y a varios cazadores—. Será un iglú grande, donde Ikeega y yo podamos vivir con comodidad.

—Está bien —asintieron gravemente.

—Pero no tengo tiempo. Mi trabajo es cazar y me lleva todo el tiempo. Así que es de justicia que los hombres y las mujeres de la aldea que comen mi carne me construyan mi iglú.

Y el iglú fue construido en consecuencia, con unas proporciones generosas que superaban incluso la morada de Klosh-Kwan. Keesh y su madre se instalaron en él, y fue la primera prosperidad que ella había disfrutado desde la muerte de Bok. Ni fue solo material su prosperidad, pues gracias a su maravilloso hijo y a la posición que él le había dado, llegó a ser considerada la primera mujer de toda la aldea; y las mujeres solían visitarla, pedirle consejo y citar su sabiduría cuando surgían disputas entre ellas o con los hombres.

Pero era el misterio de la prodigiosa caza de Keesh lo que ocupaba el lugar principal en todas las mentes. Y un día Ugh-Gluk le echó en cara la brujería cara a cara.

—Se afirma —dijo Ugh-Gluk con tono amenazador— que tratas con espíritus malignos, y por eso te sonrío la caza.

—¿Acaso no es buena la carne? —respondió Keesh—. ¿Ha caído enfermo alguno de la aldea por comerla? ¿Cómo sabes tú que hay brujería? ¿O acaso conjeturas en la oscuridad, movido tan solo por la envidia que te consume?

Y Ugh-Gluk se retiró abochornado, con las risas de las mujeres siguiéndole mientras se alejaba. Pero en el consejo, una noche, tras larga deliberación, se resolvió poner espías en su rastro cuando saliera a cazar, para conocer sus métodos. Así pues, en su siguiente salida, Bim y Bawn, dos jóvenes cazadores de los más astutos, lo siguieron con cuidado de no ser vistos. Cinco días después regresaron, con los ojos desorbitados y la lengua trémula por contar lo que habían visto. El consejo fue convocado de urgencia en la morada de Klosh-Kwan, y Bim tomó la palabra.

—¡Hermanos! Como se nos ordenó, seguimos el rastro de Keesh, y lo seguimos con maña, para que no lo advirtiera. Y a mediodía de la primera jornada se topó con un gran oso macho. Era un oso muy grande.

—No había otro mayor —corroboró Bawn, y prosiguió él mismo—. Pero el oso no estaba dispuesto a pelear, pues se dio la vuelta y se alejó despacio por el hielo. Esto lo vimos desde las rocas de la orilla, y el oso venía hacia nosotros, y tras él venía Keesh, sin miedo ninguno. Y le gritó palabras duras al oso, y agitó los brazos, y armó mucho ruido. Entonces el oso se encoler-

izó y se irguió sobre las patas traseras y gruñó. Pero Keesh se acercó derecho al oso.

—Eso es —continuó Bim—. Derecho al oso se acercó Keesh. Y el oso fue tras él, y Keesh echó a correr. Pero mientras corría, fue dejando caer en el hielo una pequeña bola redonda. Y el oso se paró y la olisqueó, y luego se la tragó. Y Keesh siguió corriendo y dejando caer bolitas redondas, y el oso siguió tragándoselas.

Se oyeron exclamaciones y gritos de incredulidad, y Ugh-Gluk expresó abiertamente su escepticismo.

—Con nuestros propios ojos lo vimos —afirmó Bim.

Y Bawn:

—Sí, con nuestros propios ojos. Y así siguió hasta que el oso se irguió de repente y lanzó un alarido de dolor y agitó las patas delanteras furiosamente. Y Keesh siguió alejándose por el hielo hasta ponerse a una distancia segura. Pero el oso no le prestó atención, ocupado como estaba con la desgracia que las pequeñas bolas redondas habían obrado en su interior.

—Sí, en su interior —interrumpió Bim—. Pues se arañaba a sí mismo y saltaba por el hielo como un cachorro juguetero, salvo que por el modo en que gruñía y chillaba estaba claro que no era juego sino dolor. ¡Jamás vi tal espectáculo!

—No, jamás se vio tal espectáculo —retomó Bawn—. Y además era un oso tan grande.

—Brujería —sugirió Ugh-Gluk.

—No lo sé —respondió Bawn—. Solo cuento lo que mis ojos vieron. Y al cabo de un rato el oso se fue debilitando y agotando, pues era muy pesado y había saltado con violencia desmedida, y se fue alejando por la orilla helada, sacudiendo la cabeza despacio de un lado a otro y sentándose a ratos para chillar y llorar. Y Keesh siguió al oso, y nosotros seguimos a Keesh, y así estuvimos ese día y tres días más. El oso fue perdiendo fuerzas y no cesó de llorar de dolor.

—¡Era un sortilegio! —exclamó Ugh-Gluk—. ¡Un sortilegio, sin duda!

—Bien puede ser.

Y Bim relevó a Bawn:

—El oso erró de acá para allá, doblando sobre su rastro y cruzándolo en círculos, de modo que al final estaba cerca del lugar donde Keesh lo había encontrado por primera vez. Para entonces estaba ya muy enfermo, el oso, y no podía arrastrarse más; así que Keesh se acercó y lo mató de una lanzada.

—¿Y luego? —exigió saber Klash-Kwan.

—Entonces dejamos a Keesh desollando al oso y echamos a correr para dar la noticia de la caza.

Y por la tarde de ese día las mujeres trajeron la carne del oso mientras los hombres permanecían reunidos en consejo. Cuando llegó Keesh se le envió un mensajero que le pedía que se presentara ante el consejo. Pero él respondió diciendo que tenía hambre y estaba cansado; también que su iglú era grande y cómodo y podía albergar a muchos hombres.

Y la curiosidad era tan grande que el consejo en pleno, con Klash-Kwan a la cabeza, se levantó y fue al iglú de Keesh. Este estaba comiendo, pero los recibió con respeto y los acomodó según su rango. Ikeega estaba ora orgullosa, ora turbada, pero Keesh estaba del todo sereno.

Klash-Kwan refirió la información traída por Bim y Bawn y al concluir dijo con voz severa:

—Así pues, Keesh, se pide una explicación de tu modo de cazar. ¿Hay brujería en él?

Keesh levantó los ojos y sonrió.

—No, Klash-Kwan. No le corresponde a un muchacho saber nada de brujas, y de brujas nada sé yo. Solo he ideado un medio para matar al oso del hielo con facilidad, nada más. Es inteligencia, no brujería.

—¿Y cualquier hombre puede hacerlo?

—Cualquier hombre.

Hubo un largo silencio. Los hombres se miraron unos a otros, y Keesh siguió comiendo.

—Y... y... ¿nos lo dirás, Keesh? —preguntó al fin Klash-Kwan con voz temblorosa.

— Sí, os lo diré. — Keesh terminó de chupar un hueso con tuétano y se puso en pie—. Es muy sencillo. ¡Mirad!

Tomó una delgada tira de ballena y se la mostró. Los extremos eran afilados como puntas de aguja. La tira la fue enrollando con cuidado hasta que desapareció en su mano. Luego, al soltarla de repente, se enderezó de golpe. Cogió un trozo de grasa.

— Así — dijo —, se toma un pedazo pequeño de grasa, de este modo, y así se le hace un hueco. Luego en el hueco se mete la ballena, así, bien enrollada, y otro trozo de grasa se ajusta sobre ella. Después se deja fuera a que se congele formando una pequeña bola redonda. El oso se traga la pequeña bola redonda, la grasa se derrite, la ballena con sus extremos afilados se extiende recta, el oso enferma, y cuando el oso está muy enfermo, pues entonces lo matas con la lanza. Es muy sencillo.

Y Ugh-Gluk dijo «¡Oh!» y Klosh-Kwan dijo «¡Ah!», y cada uno dijo algo a su manera, y todos comprendieron.

Y esta es la historia de Keesh, que vivió hace mucho tiempo a orillas del mar polar. Porque practicó la inteligencia y no la brujería, ascendió desde el iglú más mísero hasta ser el jefe de su aldea, y durante todos los años que vivió, según se cuenta, su tribu fue próspera, y ninguna viuda ni ningún débil lloró en la noche por falta de carne.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB